



Perturbados por el Amor

CARTAS A LOS RELIGIOSOS Y LAICOS MSSP Superior General

Jamás se puede negar el hecho de que uno de los deseos básicos del ser humano es el de ser amado. Hacemos de todo, mayormente de manera inconsciente, para dar prueba de ser valiosos y consecuentemente ser reconocidos, apreciados, valorados y tenido en cuenta por los demás. Todas esas cosas son definiciones parciales del amor. Pero, ¿Alguna vez hemos experimentado el amor real y puro? ¡Puede ser que de alguna manera en alguna ocasión si lo hemos experimentado! Les aseguro que, si no somos seriamente narcisistas, este nos podría habernos dejado perturbados. El amor puro nos descarrilla de nuestras formas estables, nos perturba y hasta puede atemorizarnos. Entonces ¿Por qué algo que deseamos tanto se convierte en algo de lo que huimos?

Cuando soy amado de manera incondicional por alguien, aquella persona se entrega vulnerablemente a mí y se arriesga a ser herida. Pero en el proceso, me doy cuenta que suceden una de estas dos cosas. Cuanto más quisiera ser amado, ese amor me conoce hasta lo más profundo y por lo tanto me expone desnudo frente a otro ser humano o, simplemente no logra pasar por la cascara de mi mundo secreto haciendo resaltar así las mentiras que me digo, primero que nada, a mí mismo. De todas maneras, no es una cosa tan fácil dejarnos ser amados.

Frente al ángel, María se perturbó profundamente porque un amor puro le había tocado su vida en lo más íntimo y, no teniendo nada que ocultar, permitió al poder del Altísimo cambiar sus planes y llevarla a alturas no solo personales sino más bien a niveles de Dios. Por lo contrario, cuando al joven rico Jesús lo miro con amor, este no pudo concebir el hecho de que sus planes con sus riquezas fueran tan preciosos para ser perturbados por Dios. Son dos instancias opuestas, entre muchas en las Escrituras, que demuestran claramente este punto.



Vivir el Adviento es esperar a Cristo. Puedo esperar pasivamente, para que pase el tiempo como en el reloj, encerrado en mi torre de marfil, contento con los fragmentos de la vida, pero con nada que me toque. O puedo esperar apasionadamente, con un deseo para que alguien importante para mí me ame incondicionadamente, aun con el riesgo de exponerme en mis altos y bajos, cambiando drásticamente mi vida. El amor verdadero es dinámico, trae vida, estrecha los límites, me transforma.

Este es el sentido verdadero de la Navidad. Lejos de tantas luces vacías, estrés que distrae y fiestas recortadas, Navidad es el amor puro que entra directamente a mi vida, pidiendo una relación que me perturba pero que a la vez me lleva a la altura de Dios. Pero, ¿esto lo deseo yo? ¿Quiero realmente ser amado de esta manera? La Navidad no es cuestión de esperar que nazca otro dulce Niño Jesús. Este sucedió una vez por siempre, a la hora que lo quiso Dios, hace dos mil años. La Navidad tiene que ver con nosotros en cuanto nacimos como hijos e hijas de Dios, pasando por los tormentos del parto (dejando atrás nuestro ser viejo) y ser transformados en sus hijos e hijas, heredando su misma naturaleza de Dios: el amor.

Cristo no se impone en nuestra Navidad. Nos mira suavemente y no importa en que estamos. Su mirada busca una relación y nada menos. ¿Somos suficientemente atrevidos de arriesgarnos en este amor? Como misioneros, tanto religiosos como laicos y laicas, estamos llamados como María, mientras nuestras vidas de modo gradual o repentino son perturbados por el Amor nosotros hacemos nacer a Dios para los demás. Y esto se realiza solo en sencillez, vulnerabilidad y como un don.

Les deseo un anhelo apasionado por Cristo y un don de sí lleno de amor por los demás.

Bendiciones



Fr Mark Grima mssp

Superior General